

## CAPITULO VI

## LA USURPACIÓN DE LEISLER (1687 á 1691)

Disensiones interiores.—Aparición del partido popular.—Influencia directora de Leisler y de Milborne.—Disturbios religiosos.—Ocupación del fuerte por Leisler.—El partido popular domina en la ciudad.—Intrigas de la casa de los Stuardos.—Temeridad de las medidas de Leisler.—Animosidad entre Leisler y la aristocracia.—Traición de Leisler.—Comité de seguridad.—Elección del primer alcalde.—Congreso de las colonias.—Expedición contra el Canadá.—Armamento de corsarios.—Debilitase el poder de Leisler.—Nombramiento del gobernador Slaughter.—Escaramuzas entre las tropas regulares y la milicia.—Ejecución de Leisler y de Milborne.—Caída del partido popular.—Libertad religiosa limitada.

La ruina de la dinastía de los Stuardos y la caída de Andros, que fué la consecuencia, trajeron el trastorno de todo el gobierno de New-York.

Siguió un período de disturbios y desórdenes marcado por una curiosa lucha de partido y una revolución que, en sus diversas fases, puso en vivo relieve las particularidades características de la vida neoyorkina.

El relajamiento de los lazos de autoridad consintió que las rivalidades que existían entre las diversas clases de la población llegasen á su apogeo. La masa de los ciudadanos, de los que tenían pocos recursos y que en los tiempos más prósperos no ejercitaban sino una

débil influencia en la vida política de la colonia, mostraban una sombría hostilidad hacia la clase aristocrática y conservadora de los empleados de la Corona, de los *patroons*, de los ricos negociantes y de otras gentes del mismo jaez.

La fermentación que agitaba los espíritus acrecentó enormemente la actividad de las fuerzas que tendían á entrechocar.

Después de la prisión de Andros, la facción conservadora deseó mantener en el poder á los funcionarios ya colocados, hasta que pudiesen ser reemplazados por otros que el rey Guillermo nombraría.

El partido popular, por el contrario, pedía que se obrase inmediatamente.

Sus jefes se inspiraban en las resoluciones adoptadas por la Nueva Inglaterra, que había emprendido el restablecer su antiguo gobierno, según sus cartas. Propusieron expulsar á todos los funcionarios de los Stuardos y poner en su lugar hombres conocidos por su devoción al nuevo orden de cosas, y que dirigiesen los negocios hasta que llegase la decisión del príncipe de Orange.

Todos los personajes oficiales, todo el partido episcopal inglés, así como los propietarios holandeses y hugonotes, adoptaron, en general, las miras de los conservadores. La otra manera de ver recibió la adhesión de las gentes pobres, de los liberales radicales y de los protestantes; un muy pequeño número de puritanos se unieron á los obreros holandeses y calvinistas franceses, pequeños comerciantes, marinos y trabajadores agrícolas.

Al partido popular se añadieron de primera intención un gran número de personajes respetables, aunque poco ricos, que se separaron en seguida, cuando

fueron testigos de las medidas radicales que tomaban sus aliados y de la inconstancia y violencia de la plebe.

El mayor número de ciudadanos que hablaban francés ó inglés eran plebeyos, mientras que la facción aristocrática comprendía una amplia proporción de elemento inglés; pero la diferencia estaba en la casta ó en el instinto y no en el lenguaje ó en la raza. En efecto, los jefes de la facción aristocrática, además del vicegobernador Nicholson, fueron tres miembros del Consejo departamental disuelto, Bayard, Van Cortland y Phillipse, todos tres holandeses de nacimiento ó de origen.

Por otra parte, sus adversarios tenían por jefe un alemán llamado Jacob Leisler, que fué enérgicamente sostenido por su suegro, un tal Jacob Milborne.

La ciudad de New-York abarcaba en esta época, como hoy día, muchas razas diversas, que comenzaban á fundirse, solamente en conjunto. Entonces, como hoy, las diferencias de partido apenas estaban subordinadas á las diferencias de raza, contando cada facción dentro de sí representantes de todos los elementos distintos, y encontrándose sus jefes, como se ve todavía en nuestros días, entre hombres diversos de origen y nacionalidad. Las animosidades religiosas contribuyeron, como siempre, á hacer más acerbas las distinciones de partidos.

Leisler era un negociante desenfadado, diácono de la Iglesia reformada holandesa y capitán de una de las seis compañías de milicia que tenían por coronel á Bayard. Era un celoso protestante y un ardiente republicano. Tenía un odio fanático á la Iglesia católica romana, y no odiaba menos al episcopado inglés.

Parece haber sido un hombre sincero, dotado de

grandes facultades, de una gran energía y de buena fe en su deseo de mejorar el estado de los pobres y acabar con la tiranía civil y religiosa.

Fácil es representarse un estado de cosas en que hubiera podido ser muy útil á la comunidad en la cual hubiera vivido. Pero era de una naturaleza grosera y vehemente.

Tenía una presunción y una vanidad rayana en la demencia.

Además, como se ve en la mayor parte de los jefes populares de su temple, la sinceridad de sus convicciones le persuadió de que la causa del pueblo era la suya y, por consiguiente, le hizo creer que la recíproca de esta proposición era verdadera.

Un hombre de esta fuerza, cuando llega al poder, no deja casi nunca de emplear contra el pueblo las mismas artimañas de que al principio usó para su servicio, y esto sin tener conciencia, ó al menos, con una conciencia muy oscura del cambio que se ha operado en su objeto.

Sin embargo, cuando se recuerden todas las equivocaciones de Leisler, conviene recordar que en su punto de partida tenía razón, porque luchaba para asegurar al pueblo una libertad mayor.

La tiranía del rey Jacobo tenía un doble fin: hacer de la soberanía real en Inglaterra un poder absoluto, y de una manera menos directa, dar á la Iglesia romana el arbitrio de las conciencias.

El pueblo de New-York detestaba á los funcionarios reales como representantes del poder político que le oprimía, y también como sostenes del poder religioso que tendía á su futura opresión. Muy particularmente, empero, odiaba á los funcionarios que eran católicos, y este sentimiento fué lo que trajo la pri-

mera ruptura entre el partido popular y los sostenes del orden de cosas existentes.

Leisler importó de Europa un cargamento de vinos y no quiso pagar los derechos, alegando que el colector de las tasas era católico. El Consejo tomó el partido del colector. Hubo, pues, entre ellos una discusión de las más vivas, que se terminó por una querrela furiosa y un cambio de amenazas; el bajo pueblo hizo causa común con el obstinado negociante en vinos, y le adoptó como su campeón, situación para la cual le hacían eminentemente idóneo su conducta y su energía asombrosas.

Pusiéronse en circulación mil extrañas historias de *complots* organizados por los funcionarios gubernamentales, que la mayoría de los ciudadanos creían sometidos á la influencia de los católicos y en inteligencia secreta con la monarquía destronada. Corrió el rumor de que ellos intentaban entregar la ciudad á los franceses, y que á la vez trataban de sublevar á los católicos y hacer una matanza entre los protestantes. Como éstos eran veinte veces más numerosos que los católicos, fácilmente se comprende á qué grado de locura púnica había llegado el pueblo; pero esta agitación, clandestina ó no, aumentaba por momentos. La cólera y la inquietud crecieron sin cesar.

La explosión fué, al fin, precipitada por una mala inteligencia entre las autoridades gobernantes y algunos milicianos.

Estos habían sido convocados para ayudar al puñado de tropas regulares que formaban la guarnición del fuerte. La querrela nació con motivo de una cuestión de disciplina entre el vicegobernador y los oficiales de la milicia. Aquél sufría impacientemente las suposiciones que atestiguaban los ciudadanos, suposiciones

que acaso tenía la conciencia de merecer, al menos no demostrando sino una cierta frialdad en sostener el nuevo orden de cosas. Faltóle el tacto necesario para conducirse en semejantes circunstancias, y acabó por dejarse llevar de una cólera inaguantable y arrojar á los oficiales de su presencia, añadiendo que antes quisiera ver ardiendo la ciudad que recibir sus órdenes.

Tal fué la chispa que prendió fuego á la pólvora, provocando espantoso incendio.

Los milicianos, indignados, hicieron correr el rumor de que el vicegobernador había amenazado con quemar la ciudad. Los burgueses se empeñaron en dar fe á esta aserción, intentando apoderarse de las riendas del gobierno.

El 13 de Mayo, hacia el medio día, Leisler llamó á los ciudadanos á las armas por baterías, y reunió su propia compañía en armas ante su casa.

La rapidez del movimiento y la energía de Leisler desconcertaron la resistencia.

A falta de tiempo para ponerse en estado de luchar, el consejo de la ciudad fué aterrorizado por la milicia, que desfiló bien pronto ante él en el Ayuntamiento, y por primera vez el partido popular fué completamente dueño de la ciudad.

No faltaban motivos para justificar esta conducta de la plebe y de sus jefes; sin duda sus temores por su persona y sus bienes eran exagerados, pero había bastantes razones de inquietud, mientras la ciudad fuese gobernada por los partidarios de los Stuardos.

En el destierro, la casa de los Stuardos se convirtió en la aliada activa de los enemigos mortales de Inglaterra, de Holanda y de sus colonias. El rey Jacobo identificó su causa con la de una iglesia y de una na-

ción cuyo triunfo inspiraba á los neoyorkinos el más vivo temor.

Un gran número de funcionarios á quienes había dado los empleos más importantes, se mostraron dispuestos á traicionar á sus conciudadanos en favor de su rey, precisamente cuando una simple tentativa de traición podía traer resultados muy graves sobre una pequeña ciudad colonial como New-York.

El verdadero peligro no provenía de los católicos, pero estaba fuera de duda que era preciso identificarlos en algún modo con los franceses y todos los que habían sido empleados por la casa de los Stuardos; si habían de conservarse leales hacia el rey que les había nombrado, tenían por deber que prestar auxilio al enemigo común y al público, la Francia.

Leisler y los burgueses tenían, pues, perfecta razón cuando se atribuían el derecho de echar abajo el gobierno antiguo.

Sobre este punto obtuvieron la adhesión, al menos privada, de la mayoría de los mismos conservadores.

Sus principales adversarios estaban entre las familias ricas y aristocráticas, que eran hostiles á toda agitación popular, y que acaso querían en secreto á los Stuardos y al poder absoluto. Naturalmente, las personas tímidas y los ricos desprovistos de convicción eran opuestos á todo cambio, cualquiera que fuese; y si Leisler se hubiese limitado á establecer un gobierno provisional para mantener el orden y contener todo ataque exterior hasta tanto que llegaban nuevos funcionarios de Inglaterra, hubiera conquistado el apoyo de todos los ciudadanos.

Desgraciadamente faltóle el dominio de sí mismo y la clarividencia necesarios para llevar á cumplida cima una tan importante tarea, y acabó por estable-

cer un gobierno tan arbitrario, tan injusto como el que había derribado.

Después, su situación le trastornó la cabeza, no cesando de vanagloriarse de la hazaña que decía haber realizado salvando á la ciudad de la destrucción. Comparábase á cada instante con Cromwell y proclamaba que, para arrancar al pueblo de sus opresores, era preciso establecer en New-York el reino de la espada. Naturalmente, los episcopales odiaban su dominación desde el principio, y lo odiaban igualmente aquellas ricas familias francesas y holandesas que habían tomado siempre parte en el ejercicio del gobierno.

Todas estas gentes fueron sorprendidas muy pronto, y se les molestó con actos de mezquina tiranía y de injusticia, que cometieron á lo soldadotes, los lugartenientes de Leisler.

Y como hacia éste se mostraban siempre mal dispuestos, su odio se le devolvió con creces. De tiempo en tiempo, su persona y sus bienes quedaban seriamente amenazados con ocasión de cualquier crisis de carácter sospechoso, de vanidad herida de dictador popular.

La masa del pueblo apenas si de primer intento se lamentó de los sufrimientos que experimentaban esas primeras víctimas; pero, al cabo de pocos meses, se vió sujeta á los tratamientos más injustos, y entonces expresó vivamente su indignación.

Sin duda alguna, Leisler cedía, de una parte, á una sincera desconfianza de sus adversarios, y, de otra, á la convicción de que podía hacerse más útil á la ciudad, y, en particular, al bajo pueblo; en parte, también, á la ambición que provenía de su éxito.

Conoció la dificultad de saber dónde debía detenerse en el ejercicio de su poder dictatorial.

Las sospechas que tenía respecto á los episcopales se extendían á los puritanos.

Su animosidad contra las familias aristocráticas no estaba destituida de motivos y tenía por objeto un gobierno popular muy amplio.

Bien pronto acabó por confundir á sus enemigos aristocráticos con toda clase de gentes fáciles, y sus adversarios más despreciables, prevaliéndose de su entusiasmo por el protestantismo y la libertad, amenazaban indistintamente á cualquiera que tuviese fortuna. También las gentes de la comunidad más económicas y más favorecidas por el éxito, y entre ellas el clero holandés y hugonote, se unieron contra él.

Los obreros respetables se alarmaron á su vez ante sus excesos, irritándose del orgullo que mostraba y de la insolencia de alguno de sus subalternos, que habían sido sus iguales.

Después de que Leisler hubo repuesto al vicegobernador y tomado las riendas del poder, llegó una proclama real que mantenía en su puesto á todos los funcionarios protestantes.

El antiguo Consejo saludó con alegría esta proclamación, porque, de ser ejecutada, volvía á su lugar.

Pero Leisler, temiendo por su vida si sus enemigos volvían al poder, y furioso de ver deshacer lo que había hecho, tomó el partido de desdeñar la orden de los soberanos, aun equivaliendo esta conducta á una alta traición. A la cabeza de sus tropas dispersó el Consejo y mantuvo en su puesto á las personas que había nombradas.

En aquellos momentos el populacho le sostenía con ardor y le aplaudían los milicianos.

Finalmente, Bayard y Van Cortland fueron expulsados de la ciudad.

Leisler había convocado una Convención.

Cuando se reunió estaba, como es natural, compuesta de personas del partido avanzado. Un gran número de ellos eran republicanos ó se declaraban altamente partidarios de un gobierno á lo Cromwell.

Se nombró un Comité de seguridad, de diez miembros, compuesto de holandeses, hugonotes y de puritanos ingleses, todos protestantes rabiosos y ultraliberales. Holgaróñse de nombrar á Leisler comandante en jefe, con poderes extensos ó, por mejor decir, arbitrarios.

Poco después se recibió de los soberanos una carta dirigida «al comandante en jefe de la provincia de New-York».

Estaba destinada á Nicholson, que el gobierno inglés suponía siempre en posesión; mas, por una punible negligencia, su nombre no era citado en el documento, y Leisler, encantado, se complació en sostener que él en persona era el destinatario. Tomó bien pronto el título de vicegobernador, se escogió un Consejo y se instaló oficialmente como representante del poder real y de la colonia. A la ciudad tratóla como si estuviese sometida á la ley marcial, aunque en ciertos casos pareciera tender hacia la democracia. Por ejemplo, en vez de nombrar un alcalde, dejó la elección á los terratenientes francos, y éste fué el primero y el solo alcalde efectivo de New-York hasta 1834.

Fuera de la isla de Manhattan, la autoridad de Leisler encontró, al principio, una muy fuerte oposición, y Albany, bajo la influencia de Schuyler, rehusó reconocerle hasta el día en que el peligro inminente de un ataque de los canadienses franceses y de sus aliados salvajes, le obligó á inclinarse ante los hechos consumados.

En los asuntos exteriores, el gobierno ususpador dió prueba de amplitud de espíritu, especialmente al convocar un Congreso de las colonias, el primero de este género que se reunió en New-York en la primavera de 1690.

El objeto de esta reunión era combinar un ataque contra el Canadá, porque las bandas soldadescas del condado de Frontenac tenían continuamente en alarma los establecimientos avanzados de New-York y de la Nueva Inglaterra.

Reunióse un pequeño ejército de paisanos de Connecticut y de New-York, que marchó hacia la extremidad del lago Camplain, pero fué mal dirigida y no obtuvo resultado alguno. La expedición fué, finalmente, abandonada, después de una violenta querrela entre Leisler y sus aliados de la Nueva Inglaterra. No hizo nada contra Francia, á excepción de dos sorpresas realizadas por Schuyler, que fué hasta los muros de Montreal, y de la captura de un cierto número de barcos por los corsarios neoyorkinos de Leisler.

Pero, á pesar de la importancia y de los resultados que produjo este Congreso intercolonial, marca una era en el desarrollo de las provincias que más tarde se convirtieron en los Estados Unidos.

Esta fué la primera vez que las colonias manifestaron alguna tendencia á obrar de común acuerdo, no mostrándose ya como un caos de comunidades hostiles unas á otras. Antes su marcha había sido, en todo y por todo, distinta, y sus intereses independientes ordinariamente. Pero á partir de esta época, hubo entre ellas un lazo bastante flojo, y resulta posible exponer su historia en conjunto.

En los asuntos interiores, Leisler obró unas veces bien y otras mal.

Convóco dos asambleas populares, completamente llenas de partidarios suyos, que ratificaron todos sus actos y le dieron el poder de ir tan lejos como le pareciese bien.

Leisler dejó á sus subordinados maltratar á las gentes de Long-Island, tanto holandeses como puritanos que, á causa de esto, dirigieron excesivas peticiones á Inglaterra para pedir justicia. Pero aquél abrió las cartas, se apoderó de las propiedades, confiscó los dominios para conseguir impuestos é hizo prisioneros á muchos ciudadanos influyentes que creía sus enemigos. Trató á los *clergymen* calvinistas tan rudamente, que sus feligreses y todas las personas que tenían alguna fortuna comenzaron á inquietarse.

Los principales ciudadanos holandeses y franceses hicieron causa común con los ingleses y enviaron una enérgica protesta al gobierno de la madre patria para que los protegiera. Denunciaban á Leisler como un «extranjero insolente» que había establecido la tiranía en la ciudad, que tenía á merced suya la vida y la fortuna de todos los ciudadanos, que confiaba la autoridad á hombres de la clase más baja, desprovistos de toda capacidad, y á veces con antecedentes criminales.

Sin duda, esta oposición tenía su causa principal en un sentimiento de aristocracia contra todo lo que á democracia transcendía, pero es incontestable que el «gobierno popular» de Leisler había comenzado á degenerar en un gobierno para el populacho y para un tirano.

Lo claro de su actitud le atrajo la mayoría de los obreros, de los agricultores, de los artesanos, pero á poco no estaba sostenido sino por las personas á las cuales había dado colocaciones, y por la milicia, en donde dejó muchos partidarios suyos.

Las reiteradas peticiones de los ciudadanos atrajeron la atención del rey Guillermo. Para hacer cesar el desorden, un gobernador (Sloughter) y un vicegobernador (Ingoldsby) recibieron un título de nombramiento en regla, y fueron enviados á la colonia con una fuerza suficiente de tropas regulares.

El barco que conducía al gobernador fué desviado, por lo vientos, de su rumbo.

Cuando Ingoldsby desembarcó en Manhattan-Island, al comienzo de Febrero de 1691, Leisler no quiso reconocer su autoridad.

La gran mayoría de los ciudadanos sostenía á Ingoldsby, al paso que la milicia estaba del lado de Leisler.

Durante seis semanas, los dos partidos preparados y en armas amenazáronse mutuamente. Ingoldsby tenía su cuartel general en el Ayuntamiento; Leisler tenía el suyo en el fuerte. Tuvo, con este motivo, lugar un encuentro, en el que muchos hombres de las tropas regulares de Ingoldsby fueron muertos ó heridos, mientras que el ejército de Leisler, protegido por el fuerte, se batía en retirada sin tener baja alguna.

A la mañana siguiente apareció en el puerto el barco que conducía al gobernador Sloughter, que desembarcó en seguida y tomó el mando.

Al otro día la milicia abandonó á Leisler.

Inmediatamente éste fué detenido y preso con sus principales oficiales, á quienes se juzgó como acusados de alta traición.

Leisler y Milborne, los dos cabecillas, fueron declarados culpables y decapitados.

La mayoría de los ciudadanos respetables, incluso los *clergymen* de todos los cultos, pidieron su muerte como única garantía que podía, para lo sucesivo, ase-

gurar el orden en la colonia. El partido leisleriano ó democrático se presentó con pavor, y por el momento apenas se oyeron más que débiles é inútiles protestas contra la ejecución de la sentencia.

El partido popular de New-York se había mostrado ciertamente impotente en sus ensayos de gobierno, de moderación y de energía; su caída fué tan completa como el triunfo del elemento aristocrático.

El gobierno de la colonia fué restablecido con arreglo á los principios que le dirigieron al estallar la revolución.

Hubo un gobernador nombrado por el rey, un consejo designado de la misma manera, y la asamblea era elegida por los francos terratenientes.

El derecho de voto quedaba así estrictamente restringido á la propiedad territorial.

La libertad de conciencia se concedió á todas las sectas protestantes, mas no á los católicos. La Iglesia de Inglaterra fué de hecho reconocida como la Iglesia del Estado, sin perjuicio de asegurar á las congregaciones holandesas y francesas los derechos que le habían reconocido los tratados.

Este gobierno era, pues, esencialmente aristocrático.

De una provincia como era entonces New-York, era relativamente fácil á todo hombre adquirir propiedad é influencia, y entrar en el remanso de la clase gobernante, relativamente numerosa. No obstante, la democracia propiamente dicha tomaba una muy escasa parte en el gobierno.

Los leislerianos no tardaron en recobrase y alzar públicamente la cabeza para proclamar que su jefe era un mártir, y durante toda una generación fueron los representantes del partido popular.

Aunque este elemento de la población, á causa del sufragio restringido, no tuvo participación legítima en el gobierno, tuvo siempre en la Asamblea sus aliados y quienes levantasen la voz en favor suyo. Raramente estos abogados del derecho popular combatieron por alcanzar el reconocimiento de los derechos políticos de la masa, pero no dejaron de batir en brecha las prerrogativas de la Corona, la influencia de los grandes *patroons* y de los ricos negociantes.

Durante los tres cuartos del siglo siguiente, la lucha por los derechos del pueblo no consistió en pedir un gobierno popular y el sufragio para todos los hombres, sino en los ataques dirigidos por las personas de poca fortuna contra la autoridad de una monarquía extranjera y la administración de una oligarquía indígena.

## CAPITULO VII

### DESARROLLO DEL PUERTO COLONIAL (1691 á 1720)

Guerra con Francia.—*Self-government*. — Industrias marítimas.—Corsarios y piratas.—Comercio de esclavos.—Formación de las grande fortunas.—Filibusteros.—Connivencia del gobernador Fletcher con la piratería.—Contrabando.—Llamamiento de Fletcher.—Administración del gobernador Bellomont.—Medidas enérgicas contra los piratas.—Aventuras del capitán Kidd.—Reformas de la legislación de contribuciones.—Fraudes electorales.—Administración de lord Cornbury.—Petición de amplitud del *self-government*.—Administración del gobernador Hunter.—Emigración alemana.

Durante los tres cuartos del siglo que siguió á las represiones de la sublevación de Leisler, la política interior y exterior de la ciudad de New-York siguió una rutina monótona, y se confundió en gran parte con los asuntos de la provincia, siendo á menudo idénticos los intereses de la ciudad y los del campo.

Hubo una sucesión de largas guerras con Francia.

Los neoyorkinos, como los demás colonos ingleses, como la Inglaterra misma, acabaron por mirar á los franceses como sus enemigos hereditarios y naturales.

Esta lucha incesante contra un poderoso adversario común contribuyó fuertemente á mantener á los habitantes de Manhattan-Island, como á los del resto de América, en los sentimientos de lealtad hacia la